

25.^a CONFERENCIA

T E M A

Mata y la Medicina legal.—Orfila y la Toxicología.—La ciencia médica y las teorías modernas ante los tribunales y la ley.

ORADOR

DON LUIS SIMARRO

Señoras y Señores:

Si, muchas veces, es difícil comenzar una conversación, más difícil es siempre comenzar un discurso; y de esta dificultad nace principalmente la costumbre de los exordios.

Yo, á pesar de ello, hubiera querido suprimir todo exordio para abreviar la conferencia, pues si bien es usual que el orador alegue su insuficiencia, las dificultades del tema y la cultura del auditorio, para solicitar su benevolencia como única salvación en el difícil trance en que se encuentra, y si bien todas estas consideraciones me son aplicables en este caso, porque mi cultura es insuficiente y grave el tema y el auditorio muy respetable y las circunstancias en que me encuentro muy difíciles, considero tales alegaciones como sobrentendidas, y no dudo, que, como de costumbre, vuestra benevolencia me será concedida.

Sin embargo, como sea preciso que los retratos biográficos objeto de esta conferencia se destaquen sobre un fondo histórico, me será permitido señalar algunos momentos importantes del proceso de la cultura científica en España, ya que el progreso de las ciencias médicas á que he de referirme en particular, está subordinado al progreso científico general.

Las consideraciones que sugiere la historia de nuestra cultura científica no son ciertamente halagadoras para nuestro amor propio nacional, y pudieran parecer acaso como contrarias al patriotismo, si este hubiera de entenderse á la manera que el personaje de una novela de Tourgeneff, que exclama: «En Rusia dos y dos son cuatro como en todas partes, pero con mucha más energía.» Es ciertamente laudable bajo el punto de vista sentimental, el empeño que ponen muchos de nuestros eruditos en afirmar y sostener que España nada tiene que envidiar á las otras naciones en punto á cultura científica; mas, bien mirado, mayor servicio se presta á la patria señalando los defectos de su carácter y las decadencias de su movimiento científico, que esforzándose en finjir glorias y cantar alabanzas que los hechos no justifican en modo alguno. Esto dejando aparte que el amor á la patria, como el amor filial, ni implica, ni requiere la perfección del objeto amado; y se debe querer, y se quiere en efecto, al padre pobre, viejo ó tullido, sin que por esto se desconozca su pobreza y su impotencia.

Hechas estas salvedades, á nadie parecerá antipatriótica la afirmación de que España siguió el movimiento general científico de Europa hasta el siglo xvi, mostrando en este tiempo tendencias verdaderamente progresivas, y que con motivo de la reforma religiosa y coincidiendo con ella, se produjo en nuestra patria un movimiento retrógrado, tanto más notable cuanto que se verificó simultáneamente con el movimiento de

avance que en todas las naciones cultas se produjo, por causas cuya investigación es ajena al propósito de esta conferencia.

Si se atiende solo al número de libros publicados, á sus títulos y á los años de su impresión, se halla, por lo que á la cultura médica se refiere, que en los siglos XVI, XVII y XVIII se produjo una abundante literatura médica, y en esto suelen fundarse ciertos bibliófilos y eruditos para negar la decadencia de la cultura científica en España. Pero si en vez de los títulos y milésimos se lee, pasando de la portada, los libros mismos, fácilmente se perciben las señales evidentes del retroceso. Basta para ello comparar por ejemplo las obras de Andrés Laguna, médico justamente famoso, que floreció antes de iniciarse nuestra decadencia, con los libros farragosos de sus sucesores, que no por ello han sido menos celebrados. En Andrés Laguna se halla un espíritu de todo punto moderno, traduce y comenta los libros de los antiguos; mas no se limita á un exégesis estéril, sino que vivifica sus comentarios con la observación directa de la naturaleza, y así declara en el prólogo de su traducción de *Dioscórides* que ha escrito este libro después de investigaciones y trabajos realizados en sus viajes, donde ha aprendido la composición de los medicamentos y la manera de recoger las plantas y los simples. Para Andrés Laguna tiene capital importancia la comparación del estado de la ciencia en los diferentes países, y contrastando con el estrecho exclusivismo de siglos posteriores en que se miraba como sospechoso todo lo extranjero, él se esfuerza en poner de relieve las ventajas que un médico puede obtener de sus viajes por países extraños, diciendo en el proemio del citado *Dioscórides*: «De lo dicho se colige cuan útil y necesaria sea la peregrinación generalmente á todos los hombres... Mas á ninguno sirve tanto peregrinar como al médico, dado que muy pocos de ellos son los

que peregrinan, pues les parece que bastan tres ó cuatro solecismos ó barbarismos que aprendieron en la universidad más vecina, con otras tantas recetas rancias para irse corriendo sangre á hacer continua y capital guerra á la patria, como perros que en bebiendo en el Nilo vuelven luego rabiando á morder á cuantos hombres encuentran. Estos, pues, son aquellos de los cuales blasfema Plinio, diciendo que aprenden á nuestra costa y matando, sin que haya ley que castigue tan perniciosa ignorancia. Y cierto sería un decreto muy útil y salubérrimo á la república, que ninguno salido reciente y fresco de los estudios pudiese medicar en el reino sin primero haberse ensayado seis ó siete años en tierras extranjeras ó de enemigos.»

Este sentido, amplio y comprensivo, esta libre crítica de los defectos y errores nacionales, que en Laguna y en otros de sus ilustres contemporáneos se manifiesta, contrasta tan vivamente con la mezquindad intelectual de sus sucesores; con la hinchada y pomposa afectación, signo de decadencia, que se revela en los dictados de *divino*, *Hipócrates hispano* y otros análogos que se prodigan entre sí los médicos del siglo xvii y xviii; contrasta tan vivamente, repito, aquella recomendación de completar la educación médica por los viajes á países extranjeros, con las resistencias que á las doctrinas venidas de todos los puntos de Europa se ha opuesto después y hasta los días presentes en España, que al lector, que hoy hojea nuestros libros viejos, le parecen más modernos los escritores del siglo xvi que los del xvii, del xviii y aún la mayor parte de nuestros contemporáneos del xix.

Es cierto que Laguna reflejaba el espíritu de universal comunidad de la ciencia que más tarde fué ahogado al formarse las nacionalidades modernas, y que él mismo nacido en Segovia, llegó á ser médico del Papa Julio III y de la ciudad de Nancy, á la manera que otro

hombre de ciencia de la misma época, Luis Vives, valenciano, fué profesor en Lovaina y en Oxford.

Y ya que he mentado á Luis Vives, me será lícito citar, pues conviene á mi propósito, que este gran filósofo, verdadera gloria de nuestra patria, que compartió con Erasmo el cetro intelectual de Europa, ha dado en sus cartas la explicación de nuestra decadencia científica á cuyo principio asistió con ánimo acongojado. Se halla en efecto entre las cartas de Vives á Erasmo una muy curiosa, en la que después del proceso intentado á Erasmo en Valladolid, donde Vives hizo cuanto estuvo de su parte para defenderle, le dice para escusar y explicar la ruptura de su correspondencia: «Pasamos tiempos muy difíciles en que ni hablar ni callar podemos, sin peligro. Han sido presos en España, Vergara, su hermano Tobar y algunos hombres muy doctos.»

Basta este testimonio, sin acudir á otros tan conocidos, que pareciera impertinente citarlos, para comprender el género de coacciones que desde esta época hubo de sufrir el pensamiento español y para explicarse de qué manera, al hacerse España el campeón de la intolerancia religiosa en Europa, ahogó en su seno la naciente cultura científica; pues por natural ley de las cosas, para oponerse al movimiento de las nuevas ideas, hubo de empezar por extirparlas en el interior y en su propia nación, y por la posición de combate que había adoptado, hubo de considerar la unidad de creencias como el principal elemento de su fuerza y resistir, para conservar esta unidad, no solo á toda ingerencia de ideas extranjeras, sino también al comercio intelectual que pudiera abrirles la puerta. Así se vió nuestra patria aislada, así sacrificó la variedad de las opiniones científicas en aras de una quimérica unidad que había de conducir necesariamente á la renuncia de todo pensamiento, así al lado de una ortodoxia religiosa se estableció una ortodoxia científica y las obras de Hipócrates y Galeno

en las ciencias médicas alcanzaron el mismo carácter de inviolable autoridad que la Biblia católicamente comentada, y así se vió acusar á los médicos de herejía, cuando se separaban de los textos consagrados por la imposición del Estado.

Si los Pirineos hubieran sido más altos ó infranqueables, si España de península se hubiera convertido en isla solitaria en medio del Océano, es seguro que nuestra degradación científica hubiera llegado al extremo; mas gracias á las corrientes europeas que con Felipe V y Carlos III pudieron penetrar en España, fué posible mantener entre nosotros un cierto nivel intelectual.

La historia científica de aquellos tiempos necesitaría para ser expuesta mayor espacio del que en una conferencia puede disponerse; mas ciñéndome á lo que se refiere á la cultura médica, mencionaré en este punto un interesante papel de Jovellanos, escrito en 1777, donde al informar como juez subdelegado del real protomedicato de Sevilla al primer protomédico D. José Amar, sobre el estado de la Sociedad médica de la ciudad y el estudio de la Medicina en su Universidad, refiere la curiosa historia de aquel instituto, que puede considerarse como resumen y compendio de la historia general de la Medicina Española. «La Sociedad, dice, debió su origen á una disputa suscitada en el año 1696, entre los médicos directores de esta Universidad y los revalidados que no eran de su gremio y claustro. Pretendían los primeros, presidir á los segundos en las juntas y actos prácticos, por la cualidad de doctores y sin respetar á la antigüedad. Los segundos insistían en que tocaba la presidencia al más antiguo sin consideración á otra cualidad.»

Esta cuestión de etiqueta representaba en realidad un episodio de la lucha entre doctores y cirujanos, que se inició en toda Europa al despuntar con el renacimiento el estudio de las ciencias naturales y al opo-

nerse á la autoridad de los textos sagrados de Hipócrates y Aristóteles, los resultados de las disecciones anatómicas, de los experimentos fisiológicos y de la observación de los enfermos.

Solía entonces suceder que el doctor en medicina profesor de anatomía, explicaba según Aristóteles, que los nervios nacían del corazón y abandonaba después la cátedra, para dar lugar á que el cirujano disector mostrase en el cadáver cómo los nervios procedían de la médula. Esta contradicción entre una ciencia clásica y ortodoxa y los resultados de la observación directa, vino á tomar cuerpo y representación personal en dos clases de médicos: los doctores, hábiles latinos, iniciados en la lectura de los libros clásicos, autorizados con títulos y diplomas, con derecho á usar borla en su birrete y sortijón de esmeralda en el pulgar; y los cirujanos ó barberos, romancistas, expertos en la disección, inclinados á la observación directa y que obtenían por todo título, una reválida ó simple permiso de ejercer la Medicina. De esta contienda universal en Europa, fué reflejo la disputa á que alude Jovellanos en su informe y que originó un pleito ante las cancellerías de la época que fallaron finalmente en favor de los cirujanos, en cuanto se refería al derecho de presidencia en las Juntas y actos prácticos, y que la posteridad ha fallado también en favor de los mismos, en cuanto se refiere al fondo de la cuestión. Los revalidados de Sevilla fundaron en 1697 una asociación tomando como patrono al Espíritu Santo, y empezaron desde este año á celebrar sus reuniones donde los socios daban cuenta de sus trabajos personales y se comunicaban las noticias que, respecto de los adelantos de la Medicina, habían podido adquirir: «Envidiosos sus enemigos de los progresos que hacía la Sociedad, empezaron á combatirla procurando poner en descrédito su doctrina espargírica ó medicina experimental, é inspirar desconfianza contra los que la pro-

fesaban. No contentos con zaherirla en sus conversaciones, la delataron al magistrado público. Culparon primero á los socios como infractores de las leyes, por haberse congregado y formado ordenanzas sin la debida autoridad real, y censuraron después su doctrina como contraria á la doctrina de Aristóteles, Galeno é Hipócrates, mandada observar en las Universidades del reino. Pasó este punto al examen del Supremo Consejo cuyo tribunal, con profunda ilustración, después de haber oído el informe del real protomedicato, consultó favorablemente al Sr. D. Carlos II. Entonces fué cuando emanó del trono la real cédula de aprobación de Mayo de 1700 que puso á los socios á cubierto de la ira de sus contrarios.»

A pesar de esta cédula real, declarando que los médicos tenían derecho á reunirse para estudiar la Medicina, gracia que en aquella época podía estimarse como señalado favor, la Sociedad médica de Sevilla tuvo una vida lánguida, hasta el reinado de Felipe V, en que respondiendo á las tendencias y esfuerzos de dicho rey para contener la decadencia científica de nuestra patria, D. José Cerví, médico de Cámara, se declaró protector de la Sociedad médica de Sevilla y consiguió que se la concedieran algunas alcabalas y rentas, creando al propio tiempo en su seno una cátedra de botánica y otra de anatomía. Pero muerto Cerví, faltó el apoyo oficial á la Sociedad, que decayó visiblemente hasta que Carlos III tomó empeño en regenerar la cultura española y así como fundó las Sociedades Económicas para este fin, protegió también las sociedades médicas existentes y provocó la formación de otras nuevas. En tiempo de Jovellanos se habían restablecido las disecciones anatómicas hasta entonces suspensas y se trataba de crear un jardín botánico.

Del mismo informe tomo el siguiente pasaje que dará una idea bastante clara del estado de la enseñanza

de la Medicina en el momento en que Jovellanos dá cuenta de las nuevas reformas introducidas en su tiempo, y que por referirse precisamente al estado de la cultura médica que hubo de recibir Orfila al comenzar sus estudios, leeré en este punto: «Ahora voy á dar á V. S. una breve idea del estado antiguo y presente del estudio de la Medicina en la real Universidad literaria. Este estudio corre hoy sobre un método más conveniente que el que se hacía pocos años ha, pues por real provisión de S. M. y señores del Consejo, dada en San Ildefonso á 22 de Agosto de 1769, se aprobó el nuevo plan de estudios para todas las universidades, en el cual, por lo respectivo al estudio de la Medicina, alterándose las antiguas asignaciones se señala para la enseñanza una senda más segura y más conforme á la ilustración de los presentes tiempos. Las cátedras que hoy mantiene la Universidad son las mismas que siempre tuvo, á saber; una de prima, una de vísperas, una de método y una de anatomía. Los catedráticos que las regentaban en lo antiguo, esto es, antes de la real provisión de 22 de Agosto de 1769, explicaban arbitrariamente á sus discípulos, las cuestiones de medicina que les parecían más convenientes, siguiendo cada uno en la elección, su gusto ó capricho: el Bravo y el Enriquez eran los autores... Este estudio que por Estatuto debía durar cuatro años, se hacía ordinariamente en tres, en el último de los cuales destinaba el catedrático los ocho días que siguen á la festividad de la Concepción, para explicar una cuestión á su arbitrio, y á esto se daba el nombre de cursete, y contándose por un año, servía para complemento de los cuatro señalados por el Estatuto; con ellos pasaba el profesor á recibir el grado de bachiller que se le confería también en virtud de un ejercicio de pura formalidad. Con este arbitrario estudio, el grado de bachiller y dos años de mala práctica acreditada con la calificación voluntaria de cualquier médico,

quedaba el profesor proporcionado para el examen previo á su revalidación, y si lograba la fortuna de obtener la aprobación, corría con libre facultad de hacer estragos por toda la Península... En el nuevo plan de enseñanza, se trató de reformar este inconveniente en su raíz, señalando para el estudio de la Medicina, un método más ilustrado y sistemático. Mandóse que en el primer año se enseñase á los estudiantes la anatomía, por el *Compendio*, de Lorenzo Heister; en el segundo y tercero los tratados *De morbis*, *De sanitate tuenda* y *De metodo medendi*, de Boerhaave con los *Siete libros de aforismos*, de Hipócrates, que cupieran en el curso, entresacadas y elegidas las materias por el catedrático, entendiéndose que se debía estudiar al mismo tiempo el *Comentario de Juan Gorther*, en el cuarto la *Materia medicinal*, por el libro de Boerhaave *De viribus medicamentorum*. Además de estos cuatro años, se establece un quinto curso llamado de pasantía, en el cual deben ocuparse los alumnos del quinto año en ayudar al catedrático, repasar á los otros cursantes y estudiar los principios químicos, con lo cual quedan proporcionados para recibir el grado de bachiller. Y prevengo que según el plan de que vamos hablando, no podrá pasar estudiante alguno de un curso á otro, sin haber sido antes examinado y aprobado en las materias que debió aprender en su año.»

De estas noticias sobre el plan antiguo y sobre las reformas que en tiempo de Jovellanos se introdujéron, y que por cierto consta que no pudieron aplicarse puntualmente, se deduce con suficiente claridad cual era el estado de la cultura médica, al finalizar en España el siglo xviii. Solo haré notar en este punto dos circunstancias, que de las noticias anteriores se desprenden y son: primera, con cuánta facilidad se obtenía el título de médico y la facultad de hacer estragos por toda la Península, como dice Jovellanos, en aquellos tiempos pon-

derados con tanto encomio por los que ahora hacen tanto escándalo de la libertad de enseñanza; y segunda, que cuando quiso reformarse la enseñanza de la Medicina, fué necesario recurrir á los libros de Boerhaave, de Heistre y otros extranjeros, por no encontrar sin duda en las obras de los autores españoles, textos adecuados al espíritu de la reforma que se deseaba realizar. Y debe tenerse en cuenta que este plan reformado, fué en efecto, como antes indiqué, letra muerta durante mucho tiempo, puesto que cuando Mateo Orfila comenzó en Valencia sus estudios de medicina, ni se hacían todavía disecciones en aquella Universidad, ni se explicaban en ella la física y la química modernas.

Bosquejado de este modo el fondo del cuadro, sobre que ha de destacarse la figura de Orfila, primero de los grandes médicos cuya biografía es asunto de mi conferencia, expondré ahora algunos datos biográficos que permitan formar concepto del desarrollo individual y de la formación del carácter del celebrado fundador de la Toxicología.

Mateo Buenaventura Orfila nació en Mahón el año 1787. Su padre era comerciante y pensaba dedicarle á la carrera de marino; mas antes de que llegara Orfila á la edad adecuada para embarcarse, estudió latín y filosofía con un franciscano, el padre Francisco, que así se llamaba, y sostuvo cuando tenía catorce años, en una de las iglesias de Mahón, cierta tésis sobre una de aquellas cuestiones quodlibéticas enrevesadas que entonces se usaban; esto fué lo que le dió la cultura patria. Un cura francés del Languedoc le enseñó el francés, y Orfila, que era hombre de gran flexibilidad de espíritu y talento de imitación, aprendió el francés de tal manera que toda su vida conservó el acento del maestro del Languedoc. Un sacerdote irlandés le enseñó el inglés y toda su vida habló Orfila el inglés con acento irlandés; el latín, la filosofía, ó lo que entonces se llamaba así, el francés y

el inglés, se lo enseñaron á Orfila los sacerdotes. La enseñanza libre le permitió aprender matemáticas con un marino retirado que le enseñó aritmética hasta los logaritmos, álgebra hasta las ecuaciones de primer grado y un poco de geometría. En este tiempo, se manifestó uno de los rasgos característicos del género de talento de Orfila, quien estudiando matemáticas descubrió que el mejor método para aprender era enseñar á otros, y buscó en efecto dos niños menores que él á quienes dar lecciones. Ocurrió también por entonces un incidente muy curioso que determinó su vocación para la música, en la cual había de ser después tan notable, y fué que habiéndole reñido su padre duramente una cierta tarde, el muchacho se acostó disgustado y se levantó tartamudo; y al día siguiente consultado un médico, Siger, que debía ser hombre muy sagaz segun la prescripción que luego diera, vió al muchacho y le recomendó que fuese al coro de la iglesia y aprendiese á cantar, con lo cual se le quitó la tartamudez y además aprendió la música y á desarrollar sus facultades de bajo cantante que llegaron luego á hacerle muy famoso. En este punto hizo conocimiento con un extranjero, del cual no se tienen más noticias sino que se llamaba Mr. Coot. Parece que este era de origen alemán y que llegó á Mahón sin que supiera nadie por qué; se estableció allí é hizo amistad con Orfila. Este Coot conocía el alemán, el inglés, el francés, el italiano y el español; sabía algo de matemáticas, de física, de historia natural; enseñó á Orfila todo lo que él sabía y fué quien decidió sus aficiones, pues Orfila bajo su dirección comenzó á enterarse del movimiento que entonces se producía en Europa en las ciencias naturales; y aunque tuvo que emplear cerca de un año en hacer un viaje para complacer á su padre, que quería dedicarle á la carrera de marino, al volver manifestó su decisión por la Medicina y se fué á Valencia donde llegó en 1806. En aquella Uni-

versidad estudió las asignaturas de física, química é historia natural. Por este tiempo, en Valencia, ciudad de la costa, en frecuentes relaciones por tanto con el extranjero, próxima á Barcelona que siempre ha vivido una vida más francesa que española, y siempre ha gozado de cierta cultura de que no participa por desgracia el interior de España, se produjo tal algarada sobre el estado de atraso de los estudios universitarios, que la Universidad creyó de su deber dar una muestra patente del estado de sus conocimientos, haciendo una especie de público certamen sobre las diversas materias que allí se enseñaban. A este acto concurrió Orfila, á la sazón estudiante de la misma Universidad, y enterado como estaba de los trabajos de Lavoissier y de Bértholet sobre la química naciente, expuso con notable talento tesis de química y de física tan modernas como ignoradas del claustro universitario; pues entonces se enseñaba en Valencia la química por Macquer, autor poco conocido y atrasado, cuyo libro era precisamente el texto oficial impuesto por el gobierno, porque sabido es que los gobiernos son los últimos que se enteran del estado de las ciencias.

Este Macquer, enseñaba según la antigua doctrina, que el agua y el aire eran elementos, y el empeño de Orfila consistió en probar con los trabajos de Priestley y Lavoissier que el aire y el agua se componían de oxígeno, de hidrógeno, de ázoe, etc., etc.; y su triunfo fué tan patente, que en un informe muy lisonjero, la Universidad decretó un *victor* en honor del estudiante como entonces era de uso, es decir, que se escribiese en las paredes de la Universidad «Mateo Orfila, victor.»

Mas al día siguiente le llamó el Inquisidor general y le dijo:—Tengo entendido que es Vd. un joven de muchísimo provecho, muy estudioso y muy aficionado á doctrinas nuevas, y me parece que ha dado Vd. á entender, aún cuando no lo ha dicho de un modo claro,

que de esos libros franceses sobre la Química y la Geología se puede deducir que la creación del mundo no ha sucedido precisamente en la forma y tiempo que expone nuestra santa madre la Iglesia.»

Orfila, que era perspicaz y además hombre muy flexible, le contestó lo mejor que pudo, diciendo que él no sabía nada de esas teorías, pero que de todas maneras él era un católico ferviente, hijo sumiso de la iglesia, y que estaba dispuesto á rectificar lo que fuera necesario. Entonces el Inquisidor general, dándole una palmadita en el hombro, le replicó;—«Está muy bien, váyase usted tranquilo y quede Vd. convencido de que la inquisición hoy en España no es ni tan bárbara ni tan suspicaz como las gentes quieren representarla.»

Debió quedar Orfila convencido del aserto del inquisidor y de su paternal solicitud en favor de la juventud estudiosa; pero ello es que se marchó inmediatamente de Valencia y fué á Barcelona, en donde por primera vez oyó explicar anatomía ante el cadaver y clínica junto á la cama del enfermo. Allí estudió un año con gran aprovechamiento, tanto, que habiendo decidido la Junta de Comercio de Barcelona, enviar comisionados al extranjero para estudiar la Química en lo relativo á las aplicaciones industriales, Orfila obtuvo en el concurso el segundo lugar, mientras alcanzaba el primero el Sr. Yañez, distinguido naturalista y padre del actual catedrático de Toxicología de la Universidad central. No quiso Yañez aceptar el cargo y éntonces fué nombrado Orfila para estudiar Química en Madrid primero y después en Paris; pero el proyecto de venir á Madrid se reformó porque Mr. Proust hubo de dejar por entonces la cátedra de Madrid y Orfila partió directamente á Paris. Llegó en Junio de 1807, y como al poco tiempo comenzara la guerra entre Francia y España, la Junta de Comercio de Barcelona dejó de pagar á Orfila su pensión y dicen que éste se vió reducido en un mo-

mento dado á cantar por las calles para ganar su subsistencia. Aunque este incidente no está comprobado, es de todos modos cierto que recurrió al apoyo de un pariente suyo de Marsella, y con su ayuda pudo Orfila vencer las dificultades de situación tan embarazosa de la que salió por último, gracias á su perseverancia, á su talento, y más que todo al singular don de gentes que le adornaba. Era, en efecto, Orfila extraordinariamente simpático, muy agradable y su fisonomía disponía á todo el mundo en su favor, lo mismo á sus discípulos y conocidos que á sus profesores; tenía una facilidad pasmosa para aprender y la gente se maravillaba de que siendo extranjero, en menos de un año llegase á poder exponer públicamente un curso de Química en la *rue du Bac*. Quiso la fortuna que atraídos por la fama del joven profesor, entrasen un día en este curso Fourcroy y Vauquelin, mas tan singular homenaje no desconcertó á Orfila, quien con mucha sangre fría, aunque vió entrar á los dos más grandes químicos de su época, solo suspendió la lección mientras se calmaban las manifestaciones de asombro y deferencia del auditorio, y continuó luego imperturbable la lección comenzada. Este aplomo, esta audacia, su don de gentes y el tacto y habilidad para la vida contribuyeron siempre poderosamente á los triunfos y éxitos de Orfila.

En este tiempo surgió un incidente curioso que revela el crédito y fama que ya entonces gozaba, y fué el caso que declarada la guerra entre España y Francia, tuvo que ir nuestro héroe á la Prefectura de Policía solicitando una cédula de seguridad para no ser perseguido como espía; el Prefecto empezó á preguntarle multitud de cosas, le pidió muchas explicaciones, como suelen hacer estos funcionarios en tales casos, y el resultado fué, como también suele en tales casos, que para ahorrarse quebraderos de cabeza el Prefecto le envió á la cárcel. Al día siguiente se presentó Vauquelin ves-

tido de académico con su espada y con sus palmas verdes y con todas sus condecoraciones reclamando á Orfila como su discípulo; respondió por él y lo llevó á su casa.

Después de este suceso comenzó Orfila su curso en la *rue Petit Jean*, donde explicaba Botánica, Química y Zoología, al mismo tiempo que hacía sus estudios, y precisamente en este curso inventó la Toxicología. Parece que hasta su tiempo la Toxicología era una ciencia teórica: se sabía, por ejemplo, que el arsénico daba tales ó cuales reacciones en el tubo de ensayo y se suponía que lo mismo debía suceder en el cuerpo humano ó en sus productos. Orfila explicaba de esta misma manera á sus alumnos; mas un día que trataba precisamente de las reacciones capaces de descubrir el arsénico en los alimentos, teniendo delante una taza de café se le ocurrió completar su explicación con un experimento, y vertiendo una solución arsenical en su café anunció á sus oyentes las reacciones que debían observarse en el líquido venenoso por virtud de los reactivos, con tan poca fortuna que el precipitado que anunció rojo, resultó azul. Pero este fracaso que tantas veces acontece á los profesores de Química inexpertos, sin otra consecuencia que cierto rubor del maestro y grande regocijo de los alumnos, determinó la invención de la Toxicología en manos de Orfila, pues éste, más de asombrado que de corrido, suspendió la lección y se retiró á su casa, donde pasó toda la noche pensando sobre aquel suceso, y diciéndose: las afirmaciones de los autores, son, sin duda, inexactas en cuanto se refieren á las reacciones del arsénico en los alimentos; pero es preciso descubrir la manera de encontrar un veneno en los alimentos, en el contenido del estómago, en las deyecciones, etc. A la mañana siguiente (y esto prueba la fecundidad de su talento) se levantó nuestro héroe con el plan completo de la Toxicología, y fué á

casa de un editor para venderle un libro que pensaba escribir sobre una ciencia todavía increada. Encontró en Mr. Crochard un librero animoso que le compró lo que había de pensar y escribir en el espacio de algunos años y se puso á trabajar en aquel famoso libro, cuya primera parte se publicó en 1813. El mérito de su tratado (lo diré ahora para evitar luego el repetirlo) estriba precisamente, de una parte, en haber probado que las reacciones de los venenos tal como se enseñaban en la Química debían suceder en los casos ordinarios, no son aplicables á aquellos en que están estos venenos mezclados con sustancias orgánicas: y de otra, en que allí se exponen por primera vez los principios de la Toxicología experimental. Guiándose Orfila por los trabajos de Magendie sobre la Fisiología, pensó que podría estudiarse la acción de los venenos en los animales, y para dar una idea de los trabajos y experimentos que en este sentido realizó, bastará decir que la segunda parte de la Toxicología representa la muerte de 800 perros, que fué necesario sacrificar para establecer los principios sobre que fundó su sistema.

Entre la primera y la última parte de su obra pasaron tres años y en este tiempo adquirió Orfila gran reputación como toxicólogo y como perseguidor de perros. Se refiere á este propósito un caso que puede dar idea de la fama y prestigio que gozaba nuestro compatriota en París. Dicen que á un cazador que salió una mañana con su perro se le extravió éste cerca de la barrera, le buscó por todas partes y viendo que no parecía pensó que se lo habían robado, y en este caso que lo hallaría en el laboratorio de Orfila. Allí se dirigió, y al entrar, viendo que su perro era, en efecto, víctima de un experimento, quiso lanzarse sobre Orfila; mas éste, comprendiendo el caso, cogió un frasco lavador de agua destilada y exclamó encarándose con el intruso: «si Vd. se mueve, es Vd. muerto.» La actitud del profe-

sor y su fama de toxicólogo habilísimo sobrecogieron al cazador, quien temiendo el mortal efecto del agua destilada se limitó á murmurar algunas excusas.

La última parte de la Toxicología fué para Orfila un grande triunfo. Esta vez no mandó la Universidad que se escribiese en las paredes «Mateo Orfila, victor,» ni el Inquisidor le llamó á su despacho; quien le llamó fué el gobierno francés para nombrarle médico honorario del rey Luis XVIII, y el gobierno español, que publicó en la *Gaceta* un decreto designándole como profesor de Química, al mismo tiempo que la empresa del teatro de la Opera de Paris, le ofrecía 25.000 francos si quería contratarse como bajo cantante. Orfila, enamorado de la ciencia, rehusó la propuesta de la empresa de la Opera; pero resuelto á volver á su país y á trabajar por la gloria de su patria, escribió al gobierno de Madrid proponiéndole ciertas reformas en la enseñanza de la Química y un plan completo por medio del cual en el plazo de diez años debía obtenerse el número suficiente de profesores de Química para todas las Universidades de España. Al gobierno le pareció la reforma muy complicada y muy cara, á pesar de que importaba menos que el sueldo de una infanta, y desechó la proposición de Orfila que se vió reducido á aceptar el puesto de médico honorario del rey Luis XVIII, en el año 1816.

También en ésta época, queriendo cumplir un compromiso de conciencia, se dirigió Orfila á la Junta de Comercio de Barcelona, diciéndola que, si bien era verdad que no se le pagaba la pensión que se le había ofrecido al venir á estudiar á Francia en atención á las circunstancias de la guerra por que pasó la Nación, se consideraba obligado, sin embargo, si la Junta creía que pudiesen ser útiles sus servicios, á ir á Barcelona á explicar la Química aplicada á la industria. La Junta le contestó que tenía poco dinero, que no podía establecer aquella enseñanza y que le relevaba de su compromiso.

En vista de esto, decidió ya, Orfila naturalizarse en Francia como lo hizo el año 18, siendo nombrado profesor de Medicina legal el año 19; mas como fuera después ocupada esta cátedra por otro, pasó á desempeñar la de Química el año 23.

Cuando llegó la revolución de Julio de 1830, Orfila había llegado al apogeo de su gloria, de su reputación, de su fama y de su prestigio, y el gobierno de la revolución de 1830 tuvo gran empeño en protegerle. Su gloria y su poder, que fueron realmente extraordinarios, coincidieron con el período que se extiende de la revolución del año 30 á la del 48. Después de haber sido nombrado profesor de Química, fué nombrado decano de la Facultad de Medicina, miembro del Consejo de los hospitales, diputado del Consejo departamental del Sena, vocal del Consejo de Instrucción pública, comendador de la Legión de Honor; le concedieron cartas de gran naturaleza para poderle nombrar Par de Francia, le colmaron de honores y llegó un momento tal, en que fué el árbitro en Francia de todo lo que se hacía ó se podía hacer en Medicina. Es verdad que además de su talento de inventor, tenía Orfila el talento de profesor, y además del talento de profesor tenía el talento de un hombre de sociedad. Era de figura simpática, de fisonomía expresiva, hablaba con elegancia y con una facilidad prodigiosa, se captaba en las aulas las simpatías del auditorio, y en sociedad y en los salones era el más perfecto *gentleman*; se casó con la hija del artista Lebrun, que también cantaba maravillosamente, y por entonces se celebraron *soirées* en su casa, á las que solicitaban asistir los príncipes y embajadores extranjeros, y fué hombre que reunió todas las gracias y todos los talentos en una sola y misma persona.

Llegado á este punto, creo que se me permitirá apreciar someramente, porque el tiempo no permite otra cosa, la obra científica de Orfila. Fué el inventor de la

Toxicología y el perfeccionador de otras partes importantes de medicina legal, particularmente del tratado de las exhumaciones jurídicas, del cual yo quisiera decir á qué se refiere para dar al mismo tiempo idea de la fuerza de voluntad que se necesitaba para escribir este tratado.

En el tratado de exhumaciones era necesario resolver este problema: determinar por el estado de un cadáver el tiempo que había transcurrido desde su enterramiento al tiempo presente. Para ello fué preciso hacer muchos experimentos y estudiar día por día las modificaciones que presentaban los cadáveres puestos en tierra, en el agua y en diversos medios, y fué precisa también gran vocación por la ciencia para vencer la natural repugnancia de semejantes observaciones. Orfila llevó á cabo esta obra clásica que hoy todavía es el libro fundamental sobre esta materia y también perfeccionó otros ramos de medicina legal, particularmente el relativo á la asfixia por inmersión; pero sobre todo esto, el servicio máximo que prestó á la medicina legal, fué el poner el prestigio de su nombre, su prestigio personal, aquel dón de gentes que hacía que todo el mundo se acogiese á su parecer, al servicio de la ciencia. De su tiempo data la atención con que son escuchados algunas veces los médicos en los juicios y en los tribunales. Antes de Orfila no se hacía caso alguno del dictamen pericial; Orfila puso de relieve con singular fortuna el papel del médico ante los tribunales, y desde entonces la importancia de la medicina legal ha quedado firmemente establecida.

En estos tiempos del apogeo de la gloria de Orfila iban á aprender en su cátedra médicos de todos los países, excepto España; Inglaterra y Alemania enviaban gentes á seguir sus cursos, y también Italia; y digo que también Italia, porque en Italia se levantó una escuela de Toxicología que fué la única que se atrevió á comba-

tir á Orfila. En España se publicaron varias traducciones de las obras de Orfila; una en el año 18 en Madrid de Química médica, en cuya portada se dice que está traducida por el mismo autor, sin que yo haya podido comprobar la exactitud de tal afirmación. El tratado de medicina legal también fué traducido por este tiempo; pero realmente quien trajo á España el espíritu científico de Orfila fué D. Pedro Mata que le conoció en Paris durante su emigración en los años del 37 al 39. Y como Mata es otra persona de quien debo ocuparme, según el tema, hablaré después del modo cómo con D. Pedro Mata la ciencia creada por Orfila, ciencia que según el orden natural hubiera de haber nacido en España, y que por nuestro atraso, por las admoniciones del inquisidor de Valencia, por la parsimonia del gobierno de Fernando VII, que juzgó demasiado cara la ciencia de Orfila, vino á florecer en Paris.

Además de ser un sabio eminente, poseía Orfila gran talento administrativo y fué inteligente reformador de la enseñanza. Su decanato ha sido, tal vez, el más fecundo que ha conocido la Facultad de Medicina de Paris: él modificó el Hospital de la clínica, él creó la clínica de partos, él creó el Museo Dupuytren con los fondos que el mismo Dupuytren había legado para una sala de anatomía patológica, él estableció sobre todo, la obligación de que los alumnos de Medicina pasaran el *externat*, es decir, que asistiesen en los hospitales cierto tiempo, y además él fué quien introdujo en la Facultad de Medicina de Paris la severidad de los exámenes que ha hecho de aquella una escuela de primer orden.

Además de estas reformas en la enseñanza dependientes directamente de su decanato, intervino como consejero de Instrucción pública en la reforma del plan de estudios de la enseñanza de la Medicina y tendió á establecer en todas las universidades y colegios de Francia las reformas que había realizado en Paris, dan-

do en los liceos un carácter más científico á la enseñanza, adelantándose así á las necesidades de los tiempos modernos. Como miembro del Consejo de Administración de los hospitales, duplicó el número de médicos que en los hospitales había, y creó además una sociedad de socorros mútuos entre ellos. En este momento su influencia era decisiva. Luis Felipe le colmaba de favores, y puede decirse que no había médico en Francia que fuese nombrado para cargo alguno sin el beneplácito de Orfila.

Con el apogeo de su gloria llegó para Orfila una época de contradicciones y amarguras por que no había pasado en el principio de su carrera, cual suele suceder á las personas que á trabajos científicos se dedican. Tal vez las mismas cualidades intelectuales y morales que le habían llevado á ganarse la simpatía y el aplauso general, desde los primeros momentos de su vida científica, fueran causa de que su personalidad comenzase á ser discutida en aquel punto en que la de los demás ordinariamente se considera definitivamente juzgada. La flexibilidad de carácter que le había conducido á través de las dificultades del principio de su carrera le llevó después á ceder á imposiciones de los poderosos y á intervenir en el malhadado asunto de la duquesa de Berry, cuyo estado de embarazo hubo de reconocer, por encargo del gobierno de Luis Felipe, y en circunstancias tales, que se atrajo la animadversión pública. También contribuyó á este efecto el viaje que hizo á España por aquella época, el cual, aunque aparentemente tenía un objeto científico, fué generalmente interpretado como una misión secreta, cuyo objeto era enterar al gobierno francés de la posible fecundidad de la reina Doña Isabel II, para que dicho informe pudiese servir de guía á las negociaciones entonces entabladas para el matrimonio del duque de Montpensier con la reina de España. Y se asegura que las noticias de Orfila

determinaron al gobierno de Luis Felipe á decidir el casamiento del duque de Montpensier con la hermana de Doña Isabel II, toda vez que los informes de Orfila que en este caso no justificaron su sagacidad, inducían á suponer que Doña Isabel II hubiera de ser estéril.

Esta intervención de Orfila en asuntos políticos, intervención en que por cierto no hubo de representar el papel más honroso, quebrantó su crédito, y desde entonces se observó que muchos de los descontentos de su gestión como decano de la Facultad de Medicina, y consejero de Instrucción pública, se atrevieron á levantar su voz contra él, hallando oyentes propicios en los adversarios políticos del gobierno de Luis Felipe. Se promovió por entonces contra Orfila una gran cruzada, y si bien le defendieron con entusiasmo sus discípulos, muchos de los cuales eran ya ilustres profesores como Becard, Chomel, Rostán, Berard, etc., no consiguieron tales defensas satisfacer la opinión pública y fué empresa fácil para los enemigos de Orfila, al sobrevenir la revolución del 48, hacerle desposeer del decanato de la Facultad, del cargo de consejero de Instrucción pública y de otros puestos importantes, dejándole reducido á mero profesor.

Con la desgracia adquirió nuevos bríos nuestro héroe y concentrando todo su esfuerzo en las lecciones de la Facultad, supo atraer tal concurrencia á su cátedra y merecer tantos aplausos, que parecía comenzar para él una nueva gloriosa carrera.

Por otra parte, quiso Orfila tomar una venganza noble de sus enemigos, que muchas veces le tacharon de interesado y avaro, y anunció un día en plena Academia de Medicina, que legaba por su testamento 125.000 francos á la Facultad de Paris, para establecer un museo, y premios para los adelantos científicos. Produjose con esto una viva reacción en el espíritu público y se

levantó tan gran entusiasmo en favor de Orfila, que de todas partes de la Francia llegaron comisiones portadoras de plácemes y coronas, como desagravio de la reciente persecución que había sufrido. En los periódicos de la época se refleja este general movimiento de la opinión, y en uno de ellos hallamos reseñada una conversación de Orfila con Sabandi, á la sazón ministro de Instrucción pública, en la que aquel explica los motivos de su generosa decisión: «La razón por que he hecho esto, dice, es bien sencilla; he amado siempre la juventud y la ciencia, he trabajado cuanto he podido por ésta y he hecho trabajar á aquélla cuanto me ha sido posible, y quiero con este legado dejar á la juventud francesa trabajo preparado para doscientos años.»

Mientras Orfila se ocupaba en disponer los pormenores de su legado, un día lluvioso y frío al salir de su cátedra, se sintió indispuesto, y trasladado á su casa, se pudo reconocer que había sido atacado de pulmonía, de cuyo mal murió poco después el día 11 de Marzo de 1853. La autopsia que, según su expresa voluntad, fué practicada por sus discípulos, demostró una hepatización gris de ambos pulmones.

Como la muerte de Orfila sobrevino precisamente poco tiempo después de hacer público su legado á la Facultad, y cuando todavía vibraba en la conciencia pública el entusiasmo que su donativo había producido, y como por otra parte en aquellos primeros años del imperio de Napoleon III se había tendido á representar á Orfila como víctima ilustre de la revolución del 48, la nación y el gobierno rivalizaron en extremos públicos de duelo oficial y de simpatía. Concurrieron á sus funerales, que fueron dignos de un príncipe, todas las corporaciones científicas de Francia y los representantes de muchas extranjeras. Se pronunciaron sobre su tumba pomposos panegíricos, y los periódicos comentaron con sentidas frases el lamentable suceso.

Las manifestaciones poderosas de la opinión pública con motivo de la muerte de Orfila, si bien realizadas por las circunstancias en que se produjo, no dejan por ello de justificarse plenamente, al considerar que Orfila hizo nacer en Francia una nueva ciencia, la Toxicología, perfeccionó otras partes importantes de la medicina legal, acreció el prestigio de los médicos ante los tribunales, y, sobre todo, ideó y planteó la reforma de la enseñanza que ha elevado á tan grande altura la moderna escuela de Paris, y que ha merecido ser considerada como modelo, que más ó menos tardíamente han copiado todas las naciones de Europa, incluso España, á la que por natural ley de las cosas parecía destinada la iniciativa de este movimiento científico, si Orfila hubiera permanecido entre nosotros, y entre nosotros hubiera conseguido hacer prevalecer sus ideas. Mas esta posibilidad abstracta, á primera vista tan conforme al orden de la naturaleza, pierde verosimilitud, si se considera que las obras del génio exigen siempre la colaboración del medio en que se desarrollan, y parecerá fundado admitir que Orfila no hubiese encontrado en su época en España un medio adecuado, al contemplar la lucha que muchos años más tarde hubo de sostener D. Pedro Mata, para implantar aquí aquellas ideas de Orfila, que el ejemplo de Francia y la aceptación general de Europa habían justificado tan plenamente, que como cosa juzgada debieran aceptarse sin resistencia ni protesta.

✕ D. Pedro Mata, otro de los médicos legistas de que he de ocuparme en esta conferencia, representa en efecto, y no en manera alguna en lo que pueda haber de depresivo en esta representación, una como traducción española de las principales ideas de Orfila que por su intermedio volvieron en cierto modo á su patria original, á la manera que la traducción del *Gil Blas de Santillana* hecha por el P. Isla, nos ha devuelto si no un texto primitivamente español, por lo menos las pinturas y

déscripciones de una novela propiamente española.

D. Pedro Mata nació en Reus el año 1813. Su padre era médico y autor de un folleto famoso, en su tiempo, sobre el no-contagio de la fiebre amarilla, que el Dr. Mata se ha complacido en citar después muchas veces; aunque solo la piedad filial pueda justificar sus alabanzas.

Estudió Mata filosofía en el seminario de Tarragona con Cost y Borrás, filósofo muy reaccionario, lo que no impidió que Mata fuera extremadamente revolucionario, y prueba la poca influencia que en los discípulos suelen tener los maestros.

En el mismo colegio fué Mata condiscípulo del futuro general Prim, y allí nació entre ellos una amistad, que no había de extinguirse sino con la vida y que fué motivo más tarde de la intervención que Mata tuvo en la política. De esta intervención no he de tratar en modo alguno, por considerarla ajena al caracter de esta conferencia, pero me permitiré en este punto señalar el hecho como ejemplo de las desgraciadas circunstancias que en nuestro país obligan á todo el mundo á ocuparse de política, aun á aquellos que podrían prestar mayores servicios á la patria en otras esferas, como es la ciencia en el caso presente.

Dejaré también de lado las producciones poéticas de D. Pedro Mata, como he pasado por alto la capacidad música de Orfila; y ciñéndome á la vida científica de Mata, recordaré que pasó á estudiar Medicina en Barcelona; y en esta ciudad, al mismo tiempo que llamaba sobre sí la atención en las aulas, hacía sonar su nombre entre los exaltados, formando en el batallón de «la blusa,» que parece era la prefiguración del de «los amapolos» que más tarde hubo de florecer en Madrid, precisamente cuando Mata era su gobernador. Terminó este sus estudios en 1836, siendo elegido por entonces concejal de Barcelona, cargo que no ejerció mucho tiempo,

pues á consecuencia de un motín hubo de emigrar en 1837, pasando primero á Montpellier y luego á Paris.

Este viaje involuntario determinó su vocación científica. En Paris siguió catorce cursos de varios profesores notables, entre ellos del mismo Orfila y de Devergie, que había empezado ya sus famosas lecciones prácticas en la *Morgue*, sobre asuntos de medicina legal. Volvió Mata á España á la caída de Cristina y fué nombrado alcalde de Barcelona y diputado á Cortes, figurando en la fracción de Olózaga y Caballero; mas como que no me incumbe reseñar las peripecias de su vida política, saltaré desde luego al punto en que siendo Caballero ministro de la Gobernación, de cuyo ministerio dependía entonces la instrucción pública, Mata fué nombrado oficial de este negociado y hubo de preparar el plan de enseñanza de Medicina que se estableció con el nombre de Facultad de ciencias médicas, en 1843. En esta reforma intentó trasportar á nuestra legislación las reformas que Orfila había establecido en Francia y entre ellas se contaba principalmente la creación de una cátedra de medicina legal, cátedra que vino á ser ocupada el año 1844 por el mismo Mata, quien publicó entonces una especie de programa ó índice de la asignatura que llamó *Vade mecum* y fué el gérmen de su futuro tratado de *Medicina legal*.

En 1855 el ministro Pidal respetó á Mata en su cátedra, y le trató con tal consideración, si merecida por la ciencia, no usada de ordinario en España para con los adversarios políticos, que Mata agradecido dedicó á Pidal y Caballero el nuevo tratado de *Medicina legal*, y si bien el libro fué córrigido y aumentado en sucesivas ediciones, siempre ha conservado á su frente aquella sentida dedicatoria. La enseñanza de Mata, que se halla perfectamente resumida en su *Curso de Medicina legal*, ofrece, comparada con la de Orfila, caracteres que muestran bien la influencia del medio. Mata, por más

que representase las mismas tendencias y se propusiera continuar á Orfila en sus trabajos analíticos, se encontraba en un medio tan distinto, que hubo de obligarle á seguir diferente camino. Orfila había echado los cimientos de la Toxicología, haciendo experimentos en tanto número como lo prueban los 800 perros sacrificados para la segunda parte de su obra; Mata no pudo hacer experimentos y de todo su tratado la única parte en que pudo imprimir su caracter personal fué la Toxicología general, donde fácilmente tenían cabida los lugares comunes científicos, y donde pudo demostrar su clarísimo ingenio y su habilidad dialéctica. Otra parte importante de la obra de Mata tenía por objeto concordar el estado de la medicina legal creada por Orfila con los códigos españoles; y en esta parte la obra de D. Pedro Mata es verdaderamente fundamental, única en España y hasta hoy no reemplazada.

Intentó Mata, conociendo que el defecto capital de la obra era su caracter meramente literario, y por lo tanto poco conforme con la didáctica experimental moderna, intentó, repito, establecer en España una institución análoga á la *Morgue* de Paris para dar en ella lecciones prácticas de medicina legal, estudiada sobre el cadáver y con demostraciones técnicas; mas tropezó con un pequeño inconveniente, una de las *llamadas cosas de España*, y fué que los cadáveres depositados en las dependencias del hospital pasaban allí seis ú ocho dias, antes de que se pudiera conseguir del juez el permiso para acometer el estudio de ellos. Por tal modo que venía á resultar completamente inútil toda investigación; y Mata no tuvo más remedio que resignarse contra su convicción y su deseo á explicar medicina legal retóricamente. Era el profesor, sin duda, de una capacidad superior á la del medio en que se movía, y habiendo desplegado una grande y perseverante actividad, no pudo, sin embargo, por deficiencia del medio, apoyar su

exposición en demostraciones de verdadero carácter científico y experimental. Por esto precisamente aun aquella parte en que su obra ha logrado mayor resonancia y merece más elogios por la sagaz intención que revela, la relativa á la responsabilidad criminal y la que se refiere á la capacidad civil de los enajenados, no constituye en realidad más que un atrevido esbozo. Penetrado del asunto y teniendo clara idea del fin que se proponía, no pudo Mata dar demostración alguna concreta y precisa de los principios que sobre aquella materia asentó, principios y fundamentos que revalidados después por una adecuada investigación científica, han servido de base á los estudios de Lombroso en Italia, que hoy son la gloria de la moderna escuela penal italiana. Esto mostrará cuán difícil es á un hombre sobreponerse al medio, y como las mejores aspiraciones, cuando falta manera de realizarlas, quedan completamente estériles.

Aparte de sus trabajos sobre medicina legal, propiamente dicha, se ocupó Mata con gran empeño y en diversas circunstancias, en determinar con claridad la posición propia de los médicos en las cuestiones médico-legales con brillantes y retóricas demostraciones, según el gusto de la época; se esforzó en hacer comprender á sus contemporáneos que estas cuestiones no son, como pretenden las gentes, de sentido común, sino de ciencia, que es necesariamente algo superior al saber vulgar y que no basta, por tanto, tener sentido común para resolver las cuestiones de Medicina, como no bastaría tampoco para decidir cuestiones matemáticas, ó de filología hebraica, Las lecciones de Mata en su cátedra, las múltiples ediciones de su tratado, los repetidos discursos en que principal ó incidentalmente trató este tema y los innumerables trabajos de los que le han seguido y continuado la misma empresa, no han sido suficientes para que muchas gentes, que se debieran su-

poner ilustradas, atendiendo á los títulos universitarios que las decoran, dejen de sostener en nuestros tiempos que el mejor medio de resolver en determinadas materias consiste cabalmente en no estudiarlas, que tanto vale la pretensión de que ciertas cuestiones médico-legales, referentes en particular á la locura, no deben someterse á la competencia de los alienistas, sino ser juzgadas más bien según el vulgar saber y entender. Además de los trabajos propios de la rama de la ciencia, á cuya enseñanza estaba dedicado Mata, fervoroso propagador de las nuevas doctrinas médicas y habilísimo polemista, inició y sostuvo gloriosas campañas; tales como aquella que tuvo origen y principio en su discurso de recepción en la Real Academia de Medicina; discurso sobre *Hipócrates y las escuelas hipocráticas*, que señala verdaderamente una época en la historia de la Medicina española contemporánea.

Cualquiera que lea hoy día el famoso discurso de Mata sufrirá, sin duda, gran desencanto; en vez de las ideas atrevidas esperadas, solo hallará conceptos vulgares; en lugar de afirmaciones demoledoras y revolucionarias, principios de sano y llano sentido común. Tal vez descubra que el autor guarda cierto respeto supersticioso al anciano de Cos, como entonces era moda decir, tal vez estime que si alguna censura merece el disertante debe proceder ésta de los representantes de la ciencia moderna. Mas este efecto es tan solo el resultado de los progresos de nuestro tiempo, en que han llegado á vulgarizarse las novedades que espantaban en tiempo de Mata. Es preciso oír á un médico viejo pintar el escándalo que semejante discurso produjo, para comprender bien toda la importancia que realmente tuvo en su época. Mata había dicho cosas que eran sabidas desde tiempo inmemorial; repitió lo que habían sostenido, por ejemplo, Ovidio y Descartes: que los antiguos no son los representantes de la experiencia científica, como



los viejos lo són de la experiencia de la vida por haber nacido antes, sino que los verdaderos viejos en la ciencia somos los modernos que, habiendo nacido después sumamos á toda la experiencia pasada la presente. Hipócrates no podía saber, hace mil novecientos años, lo que hoy sabe un médico cualquiera.

Sobre estas verdades de Pero Grullo se levantó gran polémica, que solo se puede comprender representándose el prestigio que entonces gozaba todavía el famoso médico griego, prestigio debido en gran parte á los hábitos intelectuales de la época y en parte también á la superstición de lo impreso. Habreis oído á todos los que han viajado por Filipinas que el igorrote de las montañas cuando baja al llano se tiene por muy favorecido cuando se le da un pedazo de papel impreso y lo pone sobre su cabeza y lo venera como si fuese un amuleto. Esta adoración del salvaje debe tener sin duda origen en la observación de la religiosidad con que los europeos de por allá contemplan las órdenes escritas de las autoridades superiores. Algo parecido ha sucedido y sucede en Europa con la influencia casi maravillosa de lo escrito; particularmente en la Edad Media la veneración del libro alcanzó á los límites del fetichismo, y Aristóteles, Hipócrates y la Biblia se leían con tal respeto que excluía toda crítica por irreverente.

Nadie se había preocupado de si Hipócrates era uno solo ó varios autores; nadie había reparado en la diferencia de dialectos con que sus obras están escritas, y en las contradicciones que entre unos tratados y otros se observan. Hoy se vé patentemente, libres los ánimos de esa preocupación y destruido el prestigio, hoy se comprende que las obras llamadas de Hipócrates, no pueden ser todas del mismo autor, y que probablemente debieron constituir la biblioteca, no los escritos del médico de aquel nombre. Es decir, que durante mucho tiempo se discurrió á la manera del que penetrando en

la biblioteca de un médico moderno, y sin reparar que unas obras están escritas en español, otras en francés, algunas en inglés, etc., las tuviera por obras del poseedor y dijese: estas son las obras de Fulano de Tal. Muchos siglos habían pasado sin que las de Hipócrates fueran conocidas más que en el texto latino, y no se pudo reparar, por tanto, en la diferencia de dialectos del original griego; de suerte que sobre la veneración supersticiosa del texto traducido, se añadía la ignorancia de lo que verdaderamente había dicho Hipócrates en el original.

Luego los partidarios de las diversas doctrinas médicas se empeñaron en hacerle decir á Hipócrates todo lo que ellos pensaban, y este ha sido el tema de los comentarios é interpretaciones cuyo fárrago excede cien veces en volumen al texto primitivo, añadiéndose de este modo un nuevo manantial al de la primitiva confusión.

Examinadas las cosas en sí mismas, y como lo hizo Mata en su famoso discurso, es evidente que la doctrina de Hipócrates representa la experiencia, muy sana por cierto, pero inferior á la que hoy poseemos, de gentes que habían observado muchos enfermos y habían anotado en libros sus observaciones hechas con buen sentido en muchos casos, pero de un modo tan superficial y burdo como los podría hacer hoy un enfermero, no un médico. Hay, por ejemplo, un aforismo famoso de Hipócrates, que dice: «Del esputo de sangre al esputo de pus, del esputo de pus á la consunción, y de la consunción á la muerte.» Pues bien; en este aforismo, ó mejor dicho, en estos dos aforismos, se describe la marcha clínica de la tísisis, y no hay nada que pueda causar maravilla. Por pocos tísicos que hubiera visto el autor de los aforismos, tenía que haber observado precisamente que después de escupir sangre se escupe pus, y que luego viene la consunción, y por últi-

mo la muerte. Y si la superstición no hubiera cegado á los médicos, jamás se hubiera elevado á la categoría de principio lo que es solo exposición generalizada de muchas observaciones, siquiera el hecho no sea absolutamente constante.

Para dar idea del modo con que se interpretaba el texto hipocrático, recordaré que en un informe emitido por el celebrado D. Andrés Piquer sobre la locura del rey Fernando VI, que era hipocondriaco, al llegar al diagnóstico se dice: «La hipocondría puede residir en los hipocondrios, en el bazo ó en la cabeza, pero la hipocondría del rey debe residir en la cabeza, porque dice Hipócrates que la parte que suda es la parte enferma, y al rey le sudó la cabeza el 26 de Agosto del año pasado.» En este ejemplo se ve cómo una afirmación arbitraria de Hipócrates, daba lugar á una aplicación disparatada por parte de un médico famoso en su tiempo y que en realidad mostró verdadera capacidad en alguno de sus libros, el de las fiebres en particular.

Uno de los puntos discutidos por D. Pedro Mata y sus adversarios en la polémica sobre Hipócrates, ofrece un curioso ejemplo de la manera como solía interpretarse el libro sagrado por los hipocráticos. Decía Hipócrates que «como los síntomas son modificaciones fugaces y pasajeras, difíciles de apreciar, no es posible llegar á su exacta medida, y que debe dejarse por tanto á la apreciación y á la práctica del médico el estimar su gravedad, —á lo cual añadía— que era conveniente que los médicos se ejercitaran y adquirieran práctica para reconocer los síntomas.» De esto se ha venido á deducir que no deben emplearse instrumentos en Medicina para apreciar el calor, el pulso ú otro síntoma cualquiera, sin considerar que cuando Hipócrates se expresaba así no había instrumentos destinados á este objeto; y si hoy viviera no pensaría lo mismo á la vista de los termómetros que permiten determinar, por ejemplo, el calor

mejor que la mano, porque esta, según la haya tenido el médico en el bolsillo ó al aire libre, encuentra más fría ó más caliente la piel del enfermo.

D. Pedro Mata, con gran habilidad y fortuna (aunque se deba conocer que tenía una oratoria agresiva que justificó en la forma las violencias de sus contrarios), D. Pedro Mata, repito, puso de manifiesto, por primera vez en España, los absurdos á que conducía la superstición hipocrática que era entonces la doctrina tradicional y veneranda de todos los médicos; y si bien en el primer momento se produjo gran algarada y toda la España médica y, por decirlo así, científica, se levantó contra él y se pronunciaron en su contra discursos que más tarde se hubieron de coleccionar en tomos, repletos de santa indignación, y no hubo excomunió ni anatema que no se fulminase en su daño, es el hecho que, aunque los hipocráticos proclamaron su victoria y dejaron sentado que Hipócrates era el máximo médico del mundo y que Mata no sabía lo que se decía, desde entonces no se ha vuelto á hablar en España de Hipócrates.

En la polémica sobre Hipócrates, defendió Mata la Medicina científica moderna contra la tradicional superstición rutinaria; mas revolviéndose luego contra los que á título de innovación y de progreso quisieran presentar la Homeopatía como expresión de una nueva y más racional Medicina, pronunció en el Ateneo una serie de notables lecciones que también ocasionaron ruidosas disputas. Con gran penetración puso de manifiesto Mata, que el espíritu y las tendencias de la Medicina moderna á constituirse como verdadera ciencia de observación y de experiencia, era de todo punto contrario á la creación de sistemas médicos, procedieran estos de la tradición clásica ó naciesen de la arbitraria inventiva de los modernos; y que, si bien del día nacida, la homeopatía no debía considerarse como la más reciente novedad, sino como la última vejez.

Los sistemas médicos que reinaban antiguamente, es decir, hace treinta años (pues la Medicina científica no ha llegado á predominar sino después del descrédito de los últimos sistemas de Brown y de Broussais), los sistemas médicos, repito, eran (como los sistemas filosóficos, más conocidos de mis oyentes, aunque también tienden á desaparecer en nuestros días) vastas concepciones más ó menos, pero siempre arbitrarias que con la pretensión de reunir y sistematizar los conocimientos, reducían á fórmulas generales los datos de la observación médica mediante la introducción de uno ó más principios abstractos sentados *a priori*, y procedían luego por vía deductiva á aplicar dichas fórmulas á la enseñanza dogmática y á la práctica misma en el lecho del enfermo.

Los principios fundamentales de tales sistemas, que eran por tanto la clave de toda explicación teórica y el criterio de las aplicaciones prácticas, si bien ostentaban la pretensión de ser universales y absolutos, solían hallarlos sus autores, ya en la consideración unilateral y abstracta de una serie de hechos importantes ó de un solo hecho mirado como trascendente y significativo, ya en una frase ó pasaje de los autores antiguos más venerados. Así recibían dichos sistemas denominaciones alusivas al principio sobre que se constituía por procedimientos escolásticos la máquina de sus doctrinas, y se llamaba *humorismo* al sistema que suponía nacieran todas las enfermedades de la perversión de los líquidos del organismo, y clasificaba éstos en cuatro categorías principales: la sangre, la pituita, la bilis y la atrabilis, correspondientes á cuatro calidades naturales, lo caliente, lo frío, lo húmedo y lo seco, que hacían juego á su vez con los cuatro elementos: la tierra, el agua, el aire y el fuego; con lo que se obtenían gran número de combinaciones de palabras y conceptos que si no aclaraban gran cosa el conocimiento de las enfer-

medades, entretenían las disputas de las escuelas. El *solidismo* era el sistema contrario al *humorismo*; y forma con él pareja en la historia de la Medicina. A ellos y á otros que no es del caso citar, sucedieron en tiempos relativamente modernos, otros sistemas fundados, ya que no en los resultados, en las esperanzas que hicieron concebir los primeros pasos de la Fisiología y la Anatomía patológica; tales fueron el sistema de la irritación de Brown y el de la inflamación de Broussais, del que aún quedan vestigios en las ideas populares sobre las enfermedades; pues alimentándose las teorías oscuras del pueblo con las explicaciones que oyen á los médicos, puede hoy día comprobarse que en Madrid predominó el sistema Browniano y su variante el de Rasori, por el hecho general de que las gentes, al ser preguntadas sobre su padecimiento, contestan invariablemente que tienen irritación; mientras que en Valencia, donde prevaleció el Broussismo es inflamación lo que dicen tener los enfermos en circunstancias análogas.

Si estas sumarias explicaciones han logrado representar con claridad á mi auditorio lo que eran los antiguos sistemas, que hoy solo se encuentran como fósiles en las capas de libros viejos, será fácil ahora comprender la actitud de Mata frente á la homeopatía, reticente tardío de los antiguos sistemas, si bien limitado, principalmente, á la terapéutica ó arte de los remedios y modo de aplicarlos; pues aunque en los escritos de Hahnemann se plantea un sistema completo, la doctrina patológica más accesible á la crítica y de menor interés para la práctica, fué pronto abandonada por los discípulos que se redujeron á la aplicación del método terapéutico.

Se funda este en dos principios, ya que así hay que llamarlos, pues por ellos principia la exposición de la doctrina. Es el primero, que la virtud curativa de los medicamentos depende precisamente y en cada caso

de su propiedad de producir efectos semejantes á los de la enfermedad á que se aplica. *Similia similibus curantur*. El segundo principio se refiere á la farmacodinamia, y establece que obrando los medicamentos no por sus propiedades físicas y acciones químicas, sino por cierta fuerza inexplicada, independiente de la materia, las dosis, la cantidad, no tiene importancia alguna, y pueden por tanto, administrarse los remedios en tal grado de dilución, que sean imperceptibles. Es más, Hahnemann añade que el medicamento á cada división ó dilución, adquiere un nuevo grado de potencia por el frotamiento ó sacudida que se le imprime. No corresponde al objeto de esta conferencia criticar la llamada doctrina homeopática, y las indicaciones que anteceden solo tienden á hacer comprender el trabajo titánico que emprendió Mata, en sus lecciones, al someter el absurdo á una crítica racional. Es preciso leer el texto mismo de Mata, para formarse una idea adecuada de la penetración con que adelantándose á su época, opone á las suposiciones arbitrarias de los homeópatas los principios de la Medicina científica; de la habilidad con que pone de relieve los absurdos del sistema, disipando las nebulosidades fraseológicas de sus defensores; del espíritu filosófico con que muestra la generación del error en los sistemas médicos, por el mismo proceso de evolución de la Medicina.

Ya ha pasado tanto tiempo desde que se apagaron los ecos de las disputas sobre Hipócrates y la homeopatía, que la generación médica presente, que no ha oído hablar de aquellos sucesos, no puede comprender toda la importancia de la obra de Mata; su crítica desembarazó el terreno sobre que ahora pensamos que se pueda levantar algún día, cuando los españoles nos decidamos á trabajar, la fábrica de la Medicina española, que hoy vive de prestado, alimentándose tan solo con la lectura de obras extranjeras.

Contemplando este terreno raso piensa con tristeza el espectador que nada se ha hecho, sin reparar que este mismo vacío es el resultado de grandes esfuerzos y trabajos en que Mata tuvo parte principalísima. El momento y las circunstancias le obligaron á un trabajo de resultados aparentemente negativos, y aunque en sus obras se encuentran los gérmenes de doctrinas que luego hemos visto alzarse con verdadero carácter científico en otros puntos de Europa (me refiero particularmente á la *razón en sus estados intermedios*, tema de conferencias dadas en este mismo Ateneo), es el hecho que al dejar su cátedra en 1872 D. Pedro Mata, la mayor y mejor parte de la energía de su espíritu se había consumido en trabajo interior para vencer la inercia y los rozamientos de mecanismos sociales enmohecidos por largo reposo, en destruir doctrinas tradicionales que embarazaban el progreso científico, en ahogar innovaciones arbitrarias que amenazaban extravíarlo y en defenderse de los ataques violentos muchas veces, algunas personales é insidiosos, como los de un famoso folleto que tachaba su obra de Medicina legal de antidogmática, herética y perniciosa, y dió ocasión á que la condenara un Obispo, que por cierto no la había leído, según se desprende del prólogo que á la última edición de su libro añadió Mata, prólogo que revela las grandes amarguras de su vida de combate.

Murió D. Pedro Mata en 1877 y salvo su tratado de Medicina legal que es hoy todavía el mejor que poseemos en España, ya no se lee ninguno de sus libros; los de polémica porque ya terminaron las discusiones á que se referían; los de doctrina, porque producidos en un medio inferior carecen de interés comparados con las obras extranjeras análogas. ¡Que esta es la última desdicha de los hombres de ciencia de España, después de gastar la mayor parte de su vida en trabajo negativo, si algo positivo producen, como no engrana con la cultura

nacional que no existe, ni con la extranjera que se desarrolla por sí misma é independiente de nosotros, caen pronto en el olvido!

Llegado al término de esta conferencia, hubiera querido establecer un paralelo entre las dos ilustres personas cuya historia ha sido objeto de mi disertación, para poner así de relieve los rasgos más salientes de cada personalidad; y, lo que más importa, determinar con precisión sus respectivos papeles en la ciencia y en el proceso de la cultura patria. Mas, por razón de brevedad, parecerá ahora más oportuno dejar tales comparaciones á la consideración del auditorio, que podrá de este modo averiguar por qué razones y causas, dos hombres inteligentes, catalán uno, balear el otro, y ambos, por tanto, de la misma raza, dirigido Orfila en sus primeros estudios por frailes, y educado Mata en un seminario, y habiendo los dos cursado medicina en la misma universidad de Barcelona, y venido ambos á cultivar el mismo género de estudios, la medicina legal, han podido llegar á tan diferentes efectos; pues mientras Orfila ha inventado en Paris una ciencia nueva, Mata apenas ha conseguido implantarla, ya constituida, en Madrid; y en tanto que Orfila ha visto sus esfuerzos innovadores coronados por el éxito, y su éxito premiado con honores oficiales y consideración pública, Mata, empeñado en combates, sin duda más rudos y en todo caso más desiguales, ha obtenido tan solo resultados negativos, mereciendo, por todo galardón, la animadversión de la mayoría de sus contemporáneos y el rápido olvido de sus sucesores.

Orfila, extranjero en Francia, llegó á ser considerado como una gloria francesa; por el contrario, Mata en España, vino á ser, de cierto modo, extranjero en su patria; la influencia del medio, favorable al primero, adverso al segundo, determinó destinos tan diferentes de individualidades que aparecen tan semejantes. Esta do-

minadora influencia del medio, por tan clara manera demostrada en las biografías de Orfila y de Mata, debe sugerirnos á los españoles amargas reflexiones sobre lo pasado, mas no sombría desesperación respecto del porvenir; pues precisamente el medio científico, literario, político, y, en una palabra, el medio social, que por tan incontrastable influjo condiciona y limita la acción externa de la persona en cierto momento dado, es al propio tiempo módificado por cada una de las acciones individuales que en el medio se integran; y, en último análisis, nosotros hacemos el medio. Cada uno de nosotros no puede ser, por voluntad propia, un Orfila ó un Mata; pero cada uno de nosotros puede, laborando sin descanso en la propia cultura, elevar el medio científico de España, para que un nuevo Orfila no tenga que ir al extranjero á fundar la ciencia futura, para que un nuevo Mata no halle en su patria obstáculos insuperables para propagar la ciencia constituída. He dicho.

FIN DEL TOMO II

ÍNDICE POR MATERIAS

	Páginas
Olózaga.—Origen, ideas y vicisitudes del partido progresista.—El Parlamento desde 1840 hasta 1866.	5
Jovellanos.—La propiedad territorial y el cultivo en 1800.—El plan de la Ley Agraria.—La desamortización.—El porvenir y las necesidades de la agricultura española.	37
Las clases obreras: su situación en el régimen antiguo y en el moderno.—El partido obrero: su programa: su influencia en el orden político y en el social.	69
D. Alberto Lista.—La educación de la juventud.—El antiguo sistema.—Las nuevas ideas.—El régimen actual.	97
Isidoro Máiquez, Cárlos Latorre, Julián Romea.—La escena española desde principios del siglo.—La declamación en la tragedia, en el drama histórico y en la comedia de costumbres.	125
La música española al comenzar el siglo xix: su desarrollo y transformaciones.—La educación musical.—Influencia del italianismo.	157
D. Lucio del Valle.—El arte del ingeniero y el cultivo de las matemáticas en España.	189
Rodríguez y Villanueva.—La arquitectura y las artes decorativas al principiar el siglo xix.—El monumento y la casa.—Transformación de las ideas artísticas: el arte oriental y su influencia en Europa.	217



ÍNDICE POR MATERIAS

Páginas

El Doctor Fourquet.—La ciencia médica y sus propagadores en España.—Gimbernat, Argumosa, Asuero.—La medicina bajo su aspecto social.—La higiene pública y privada.....	253
Fernán-Caballero y la novela en su tiempo.....	297
Clemente (D. Simón Rojas).—Historia, progresos y estado actual de las ciencias naturales en España.—Rodríguez González.—Historia y estado actual de las ciencias físicas.....	325 y 405
Alcalá Galiano.—El periodo constitucional de 1820 á 1823.—Causas de la caída del sistema constitucional.—La emigración española hasta 1833.....	469
Mata y la medicina legal.—Orfila y la Toxicología.—La ciencia médica y las teorías modernas ante los tribunales y la ley.....	521

ÍNDICE DE AUTORES

POR

ORDEN ALFABÉTICO DE APELLIDOS

	<u>Páginas</u>
Alas (D. Leopoldo).....	469
Arrieta (D. Emilio).....	157
Azcárate (D. Gumersindo de).....	5
Benot (D. Eduardo).....	97
Echegaray (D. Eduardo).....	189
Figuroa (Marqués de).....	297
Mélida (D. Arturo de).....	217
Pedregal (D. Manuel).....	69
Rodríguez Mourelo (D. José).....	325 y 405
San Martín (D. Alejandro).....	253
Silvela (D. Francisco).....	37
Simarro (D. Luis).....	521
Vico (D. Antonio).....	125

